

Pablo Antonio Cuadra

## Cuentos de soledad y de camino



ON Goyo Ocampo era ya viejo. Nadie sabía de su bautizo y hasta las abuelas le llamaban tata Goyo.

Tenía sombreado el rostro por una mirada distante que podía romper el llano más largo. Cuando se sonreía vagabundeaba entre su boca una historia desconocida.

—¡Vientos malos, hijo!—me decía aquella noche, sentado en su taburete frente al candil titilante—¡No va quedando rancho bien parado!

Yo era muchacho y apenas distinguía la tristeza de las viejas palabras. Tata Goyo daba los últimos bofetos y le gritaba al nieto:

—¡Margarito, ve que arreien la Candorosa que tiene una gusanera en la teta!

Luego se metía en la noche y todo quedaba como planchado por un silencio sombroso.

Yo me dormía.

A la madrugada nos levantábamos con las manos en los sobacos, apretando el frío entre los dientes y bus-

cando el calorcito de las ubres. Las vacas iban llegando a las voces de tata Goyo, quien les sobaba las ancas y les ponía un poco más de cariño en las pupilas.

—¡Ah la Murciélaga, yastá buscando el rastro!

—¡Pues!

Se daba un tonito melancólico y seguía:

—Antes les daba comida hasta que ya chochaban. Ahora que me encogieron mis terrenitos tengo que despacharlas apenas bajan un tanto.

Se quedaba pensativo. Y un chorrillo de luna se le metía por el sombrero hasta los ojos como si estuviera ordeñando la luna.

Luego, con el día, nos íbamos a totear el sitio. El lazo de don Goyo aun ensartaba dos cuernos galopando, y, cuando se proponía ponía piales a la carrera y quebraba un novillo en menos de un metro cuadrado.

Pero tata Goyo siempre volvía silencioso. Antes nos contaba los cuentos del Cedejo, las apariciones del ánima sola y las pasadas del tonto majadero que le sobró vida y le faltó dinero.

Ahora apretaba los ojos.

—Don Goyo, ¿es verdad que sestá enjaranando?

—Ponga cuidado a sus cosas, tata.

—No, don Goyo, pues... por si pudiera aliviarlo.

—Ya no hay machete para este matorral. Todo acaba, tata, todo hasta la esperanza.

—¿Y quién lo quiere fregar?

—Naide me puede joder a no ser la injusticia. Los tribunales se me llevan hasta el alma...

Hacía un puchero bajo los bigotes y masticaba el chilcagre. Yo me iba con el viento y de ya olvidaba las palabras, porque era inconstante como el árbol tierno que hoy coge para el poniente y mañana para el oriente.

Pero un día el rancho de don Goyo estaba lleno de caras extrañas. Yo salía de la cocina con un poco de café negro en las trispas y oí los resoplidos del Juez de la mesta.

—Las leyes son las leyes, don Goyo, y hay que respetarlas.

—Pero, señor Juez, la deuda no se da con mi hacienda.

—Usted hipotecó, don Goyo.

—Yo puse en garantía mi tierra, pero no para entregarla, y el empeño yastá casi pagado.

—Pero ya se cumplió el plazo.

—¡Decir, pues, yo me voy a quedar sin nada!

—Es duro don Goyo, pero las leyes son las leyes.

Don Goyo que me vió acercarme me echó de allí como a un perro. Margarito que se estaba comiendo una costilla de guardatinaja, se me acercó al oído.

—Embrocaron a mi tatita...

Yo me hice el campo. Quería orillarme con la tristeza y echar a galope una pesadez que me atolondraba el pecho.

Comencé a llamar a las vacas.

—¡Candorosa!

La manchada, con el rabo perfumado de hierba me contestó son un mugido entre los pastales, y se me fué

acercando. Le estuve sobando las ancas, mientras me hacían cosquillas los ojos y hasta me daba vergüenza enseñárselos porque ella no sabía nada.

El ternero, acostumbrado a mis apretones de enrejador, se dejaba tocar la puntita de los cachos.

—¡Cuando estés grande tenés que cornear al Juez de la mesta, vos!

La Candorosa arrancaba un bocado de hierba y me sacudía con el rabo. El sol también colcaba en el horizonte con los últimos rayos esparcidos.

Me senté bajo el ojoche del potrero y no quise ir al rancho, porque todavía tenía chúcaro el pecho y se me escapaba un rencor negro y profundo.

\* \* \*

Yo no sabía nada. Ni de tata Goyo, ni de la peonada, ni de mama Dolores. Los encontré a todos reunidos en el corredor de los jicotes. Estaban cabizbajos y con una sombra sobre ellos como cuando hay tormenta.

—¿Qué les pasa, pues?

—Nada. Se le llevan al tata los ganados...

No pude resistir. Me fui a afilar el machete que había dejado en el tapesco.

Tata Goyo me siguió:

—No te ensuciés, muchacho. Guardalo pa cuando te mienten a tu madre.

Yo me quedé sombrío... Se iban la Candorosa, la

Murciélaga, la Enlutada, la Bicicleta, todas se iban...

—¿Y entonces pa que quieres tierras?

—¡Pa que me las echen encima!

—¡Vaya, tata Goyo, yo no me resigno!

—Tate quieto, vos... ¡Vení acompañarme!

Ensillé los dos caballos y rumbeamos al sitio. Nunca había visto así la cara de don Goyo Ocampo. Se le metía una luz extraña en las pestañas y apretaba las riendas como si fueran puñales.

—¿Va a cobrar los frenos, tata?

—Pues... ¿Sabijo lo que Dios manda? Que seya honrado.

Y miró hacia otro lado como escondiéndome el pesar que yo le veía clarito en las espaldas, como si llevara una carga de desdenes.

Entramos al sitio. Unos peones ajenos toteaban arreando los animales hacia el camino real.

Tata Goyo sofrenó su caballo y se quedó mirando.

El llano tomaba carrera hasta el horizonte. Una lomita pequeña cortaba por un momento la mirada y luego volvía a aparecer un linde lejano donde a veces subía a un árbol y a veces un pedazo de nube.

Todas las vacas estaban saliendo por la puerta de golpe.

La Candorosa estaba empeñada en volverse. Los tahonasos de un bruto peón la hicieron salir. A cada momento volvía los ojos, y los míos, cada vez más es-

forzados, empezaban a cargarse de lluvia, como para mojar todo un amor largo.

Se fueron iyendo todas.

Tata Goyo montado en su caballo no se sentía vivir. Estaba recto, como empinándose para no perder ni un solo detalle.

Ya apenas se veían. Se miraba un parchito que avanzaba hacia el horizonte. La soledad del mediodía lo hacía tambalear en las reberveraciones de la sabana.

—Tata Goyo, vamonós. ¿A qué nos quedamos?

Tata Goyo cerró los ojos como queriéndose echar dentro de aquel último pedacito de recuerdo.

Yo también miré por última vez, y la manada, ya tan lejana me quedó temblorosa en la pupila, como un dije que se me colgara para siempre.

Luego echamos el trote, silenciosos, como la tristeza.